

Raza, fuerza y cultura (2)

Viernes, 19 de febrero de 1939

Nada más fácil que achacar a la influencia semita todos los defectos psicológicos del pueblo español, y notablemente aquéllos que lo empujan hacia la guerra civil, herida que, además, todos los Estados han conocido y padecido. Sin embargo es sorprendente que los hogares permanentes de esa guerra —al igual que las exageraciones del particularismo federalista que las favorece— estén en las regiones del norte, las menos sometidas a la mezcla semita.

Olvidemos, por lo demás, todas las virtudes españolas de originalidad, de vitalidad y de carácter, cuyo origen semita es indiscutible. Admitamos que la impureza está en la base de todas las desgracias, sin ninguna contrapartida. Incluso así, ¿de quién es la culpa? A los arios puros, sin ninguna duda, les cae la responsabilidad! Esa constatación es tan evidente como decepcionante para el orgullo étnico, porque aquéllos se mostraron, en un momento decisivo, inferiores en todo momento, frente a los semitas auténticos.

Cuando España fue presa de la conquista musulmana, era el Estado más ario posible que ese país hubiera conocido. Durante casi tres siglos esos reyes —y con ellos los dignatarios del Estado— fueron unos nórdicos, unos germanos. Basta leer sus nombres, entre los que no hay ni uno solo que pertenezca a las lenguas clásicas u orientales. Y esa sucesión de reyes es muy larga, porque a menudo, eran, muy pronto, asesinados por sus sucesores, ¿y quizás esté allí la prueba clara de la civilizada fraternidad racial?

El grupo social dominante era romano o romanizado. Había pues un eje, construido según los modelos y las influencias de uno u otro lado de las vertientes de los Alpes centrales.

Sólo que un eje así no estaba bien unido... por causa, precisamente, de la política racial seguida, en la época, por el Estado ario. Separación radical clara y rigurosa; para los jefes una ley, el código de Eurico; para los sirvientes otra ley, el código de Alarico. Cuando se inició, demasiado tarde, la unidad legislativa, y se permitieron unas bodas mixtas, el germanismo conservó la primacía, y el derecho romano, a pesar de su grandeza, sólo fue el mecanismo técnico para

desarrollar los principios en sus detalles, además a menudo respetuosos del derecho nórdico.

Un Estado semejante no pudo en absoluto resistir un primer contacto con los semitas. Un desembarco, que tenía la finalidad y las semejanzas de una exploración, seguida de una sola batalla sobre cuyo lugar exacto discuten los eruditos, pero cuya influencia decisiva nadie discute, bastó para hacer derrumbarse un imperio tres veces secular.

Los ejércitos, casi irregulares, de bereberes y árabes, guiados por el doble mando Tarik-Muza, casi siempre en discordia empedernida, hicieron la conquista más fulminante que la historia haya registrado: algunos meses más bien que años, de paseo militar: justo un corto plazo impuesto por los medios de transporte de entonces. Y si ese doble mando del siglo octavo hubiera dispuesto de recursos como los de otros dobles mandos arios, mejor surtidos y mejor equipados, de los siglos diecinueve y veinte, el asunto, sobre todo con ayuda de la aviación, habría estado resuelto en unas semanas.

Una derrota así, sin ejemplo, de un pueblo cuyas virtudes guerreras eran y se mantienen indiscutibles, no puede ser explicada por la única superioridad guerrera, además indiscutida, de los invasores. El fenómeno ha despertado la curiosidad; e historiadores y pensadores concluyeron que la causa de la derrota fue la política racista aria tan estrecha como desafortunada, que se conformó con construir la armadura externa del Estado, imponente y molesta, pero frágil, porque impedía la formación de un cuerpo social unido y de un sentimiento nacional preparado para reaccionar.

La superioridad guerrera de los semitas de entonces estaba doblada de una superioridad cultural, aún más evidente. Mientras que los pueblos del norte, desde entonces tan cultivados, quedaron retrasados, los árabes conservaban con resplandor y desarrollo el depósito de la cultura clásica, que tenían que transmitir al Renacimiento; no sin dejar la huella de la influencia semita, incluso sobre la epopeya cristiana de la Edad Media, sobre *La Divina Comedia*. Es la tesis brillantemente desarrollada, con un éxito universal por la pléyade de orientalistas españoles, cuyo venerable maestro es el sabio profesor Asín Palacios, un cura de ortodoxia perfecta, de virtudes ejemplares, de autoridad científica excepcional.

Hubo, durante el dominio musulmán en España, un episodio que parece ahora gracioso, pero que espantó a la Baja Edad Media; y conviene recordarlo, porque es otro freno del orgullo racista.

Nadie discute hoy que los pueblos del norte son unos modelos refinados

de la civilización. Yo los admiro —y conmigo toda España— y me gusta visitarlos. Pero en esta ocasión, las incursiones de los Normandos produjeron, en la España cristiana, un pavor indescriptible. El recuerdo de esos contactos quedó como un terror milenario; y preferíamos la coexistencia bastante tolerable, tolerante y moderada, con los Arabes y los Africanos de la época, menos temibles, porque eran más civilizados.

El mundo nórdico quedaba aún atrás, casi en las tinieblas del pensamiento, mientras que por otro lado, no solamente Córdoba, la capital del Califato, sino las pequeñas ciudades, fragmentos de los Estados que fueron los reinos de taifas, eran centros de cultura donde brillaba la ciencia de entonces.

En las oscuridades de la historia, engrandecida para el futuro, sólo hay una verdad adquirida. El cetro de la hegemonía, la espada de la victoria, la llama de la cultura no son retenidas por ninguna raza para siempre; pasan de las manos de unos a las de otros. Esa observación debería frenar el orgullo, aliviar los declives, encender las esperanzas y, sobre todo, permitir una coexistencia lo más fraternal posible.